

sin que uno ni otro de los interlocutores revelase lo que había pasado en la conferencia. Al fin, una parte del velo se descorre, y vése, combinando las palabras escritas ó habladas con los hechos contemporáneos, y los antecedentes con sus consecuencias, que el misterio consistía únicamente en el fracaso de la entrevista misma, y que lo que en ella se trató, así como lo sucedido ó dicho, es lo que estaba ya anunciado, lo que todos sabían poco más ó menos ó podían deducir, lo que necesariamente tenía que ser, y que se sabe hoy todavía más que los mismos protagonistas, porque se ha podido penetrar hasta el fondo de sus almas y leer en ellas lo que no estaba escrito en ningún papel.

Á pesar de todo esto, la curiosidad se ha empeñado y se empeña en descubrir algo más fuera del círculo de acción de los actores, como los que divisan con un poderoso telescopio las montañas de la luna, y buscan sus habitantes, que la razón le dice no existen, ó en un cuadro que pone de relieve sus grandes figuras en plena luz se quiere penetrar en el claro-oscuro del fondo que las realza. Lo único misterioso, en este acto, que la imaginación se ha empeñado en rodear de accidentes fantásticos, — después de los documentos publicados y de las versiones desautorizadas que se han hecho, — son los móviles secretos que impulsaron al uno á ser intransigente é impusieron al otro su abdicación, los que no están consignados en ningún documento, como que tuvieron su origen en la propia conciencia en que los guardaron. El tiempo que ha hecho caer las máscaras con que se cubrieron ambos en su primera y última entrevista, ha puesto sus almas de manifiesto, y podemos hoy leer en ellas mejor que ellos mismos.

## II

Si el Protector del Perú mejor aconsejado, hubiera obrado con más previsión y con arreglo á un plan fijo, habría puesto condiciones á su prestación de auxilios en la guerra de Quito ó por lo menos arreglado previamente bases de discusión en su proyectada conferencia con Bolívar. En vez de esto, antes de celebrar un pacto formal, unió de hecho sus armas con las de Colombia, perdiendo la preponderancia adquirida en Guayaquil. En seguida, celebró un tratado de liga americana de paz y guerra, que dejaba pendiente la cuestión de límites, y especialmente la de Guayaquil, en que las posiciones antagónicas del Perú y Colombia se definieron como una amenaza en suspenso. Por último, toma como un hecho la oferta de Bolívar de concurrir á la terminación de la guerra del Perú con las fuerzas colombianas, y procede con más sentimentalismo que sentido práctico, cuando terminada en Pichincha la campaña de Quito, y reducida la guerra de la independencia al territorio del Perú, piensa que ese auxilio le vendrá en las mismas condiciones en que él había prestado el suyo. (Véase cap. XXV, § VI y cap. XLIV, párrafo IV).

Antes de Pichincha, Bolívar triunfante en el norte, era el más fuerte: — después de Pichincha, era el árbitro, y podía dictar sus condiciones de auxilio al sud. San Martín se hacía ilusión al pensar que era todavía uno de los árbitros de la América del Sud, y al contar que Bolívar compartiría con él su poderío político y militar, y que ambos arreglarían en una conferencia los destinos de las nuevas naciones por ellos emancipadas, una vez terminada por el común acuerdo la

guerra del Perú, como había terminado la de Quito. Sin más plan y con bagaje tan liviano, se lanzó á la aventura de su entrevista con el Libertador, que debía decidir de su destino, paralizándolo su carrera. Si alguna vez un propósito internacional, librado á eventualidades futuras, fué claramente formulado, ha sido esta; y si alguna vez se comprometieron declaraciones más avanzadas de orden trascendental sobre bases más vagas, fué también en esta.

Aprovechando la abertura de Bolívar al tiempo de abrir este su campaña de Pasto, y decidido ya á concurrir por su parte á la de Quito uniendo sus armas con las de Colombia en Guayaquil, buscó por sí una conferencia con el Libertador con el designio declarado de fijar la suerte del continente independizado, en el orden político y militar. Así lo anunció públicamente, al determinar con precisión los objetos de la entrevista. « La causa del continente americano, me lleva á » realizar un designio que halaga mis más caras esperanzas. » Voy á encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia. » Los intereses generales del Perú y de Colombia, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos, y la estabilidad del destino á que con rapidez se acerca la América, » hacen nuestra entrevista necesaria, ya que el orden de los » acontecimientos nos ha constituido en alto grado responsables (*árbitros*) del éxito de esta sublime empresa » (1). No se podía indicar más claramente, que el objeto era : el arreglo de la cuestión de Guayaquil, el acuerdo de las operaciones militares para decidir de un golpe la guerra de Quito y la del Perú, y la fijación de la forma de gobierno que debían adoptar las nuevas naciones, una vez resuelta la cuestión de su emancipación.

(1) Preámbulo del decreto del Protector del Perú de 12 de enero de 1822, delegando el mando al ir á celebrar su conferencia con el Liber-

Al avanzar San Martín tan categóricas declaraciones sobre los objetos de la conferencia, aun no había unido de hecho sus armas con las de Colombia en el Ecuador. (Véase capítulo XXXV, § II). Después de despachada la mal combinada expedición de Ica, San Martín, según se explicó antes, embarcóse en el Callao á fin de celebrar la proyectada conferencia con Bolívar (8 de febrero de 1822). Sabedor á medio camino de que el Libertador, en vez de trasladarse con su ejército á Guayaquil, como había pensado, continuaría la campaña del sud de Colombia por Pasto, regresó á Lima (3 de marzo). En esta situación indecisa le encontró la derrota de Ica, que trastornaba todos sus planes y amenguaba su influencia continental. Fué entonces, cuando al consolidar su base de poder, reorganizó un respetable ejército para responder á la expectativa que él mismo había creado y de que todos estaban pendientes. Y fué entonces también, cuando cambiando de política, convocó el congreso peruano para entregar al pueblo sus propios destinos, pendiente el plan monarquista imaginado por él, al parecer abandonado, y reveló por la primera vez públicamente su propósito de retirarse de la vida pública, así que desapareciesen los peligros de la situación. (Véase cap. XXXVI, § VI). Terminada felizmente la guerra de Quito con el eficaz concurso de sus armas que estableció la alianza americana de hecho, reanudó su postergada conferencia con Bolívar, con los mismos propósitos ya declarados y poseído de las mismas ilusiones (14 de julio de 1822).

Al terminar la guerra de Quito, el Libertador se dirigía al Protector, y al agradecerle el auxilio prestado por « los libertadores del sud de América » (según sus propias palabras) le significa que las tres provincias de Quito libertadas, eran

tador de Colombia, inserto en la « Gaz. de Gob. », núm. 6 del mismo día.

colombianas, renovando con este motivo su anterior oferta en términos generales: « El ejército de Colombia está pronto » á marchar á donde quiera que sus hermanos lo llamen, y » muy particularmente á la patria de nuestros vecinos del » Sud, á quienes por tantos títulos debemos preferir como los » primeros amigos y hermanos de armas » (2). El Protector le contestaba: « Los triunfos de Bomboná y Pichincha han » puesto el sello de la union de Colombia y del Perú. El Perú » es el único campo de batalla que queda en América, y en él » deben reunirse los que quieran obtener los honores del último triunfo contra los que ya han sido vencidos en todo el » continente. Acepto su generosa oferta. El Perú recibirá con » entusiasmo y gratitud todas las tropas de que V. E. pueda » disponer, á fin de acelerar la campaña y no dejar el mayor » influjo á las vicisitudes de la fortuna. Espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan » poderosamente á poner término á la guerra del Perú, así » como las de éste han contribuído á plantar el pabellón de » la República en el sud de este vasto continente. — Es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado » los pueblos, para que una sólida y estable prosperidad les » haga conocer el beneficio de su independencia. Marcharé á » saludar á V. E. á Quito. Mi alma se llena de gozo cuando contemplo aquel momento. Nos veremos, y presiento que la » América no olvidará el día que nos abracemos » (3). Y no lo ha olvidado! pero por causas muy diferentes de las que se imaginaba el libertador del sud al ir al encuentro del liberta-

(2) Ofi. del Libertador Bolívar al Protector del Perú, de 17 de junio de 1822, en la ciudad de Quito. — En un decreto de Bolívar de 18 de junio de 1822, datado en Quito, se dice: « Art. 5.º. El gobierno de Colombia se reconoce deudor á la división del Perú de una gran parte de la victoria de Pichincha ».

(3) Ofi. del Protector del Perú al Libertador Bolívar, de 13 de julio de 1822, en Lima.

dor del norte, en la creencia de que éste lo reconocería á la par suya en calidad de árbitro « para combinar en grande » los intereses de los pueblos americanos », según sus palabras. Y el gobierno del Perú, al confirmar oficialmente estas esperanzas, manifestaba al de Guayaquil y al enviado peruano cerca de él: « En la conferencia quedarán transadas cualesquiera diferencias que pudiesen ocurrir sobre el destino de » Guayaquil, y arreglados todos los obstáculos para la terminación de la guerra de la independencia » (4).

Con estas esperanzas y seguridades halagadoras, y bajo los siniestros auspicios antes señalados (véase cap. XLV, § V), iba á celebrarse entre los dos libertadores la entrevista que « la América no olvidaría ».

### III

Al llegar Bolívar á Quito (16 de junio de 1822) después de Pichincha, encontró, como antes se dijo, resuelto el problema de la integración de su imperio republicano. Las provincias de Quito, Cuenca y Loja, estaban incorporadas de grado ó por fuerza á Colombia. Faltábale sólo la anexión de Guayaquil, que era una consecuencia, para cuadrar su territorio de mar á mar y poner su poderosa mano sobre el Perú, « único campo de batalla que quedaba en América », según la expresión gráfica de San Martín. Él venía buscando los honores del triunfador que consideraba atributos de su gloria, como el incienso en los altares de los dioses. Naturaleza tropical,

(4) Ofi. del gobierno del Perú á la Junta de Guayaquil y al enviado del Perú, Salazar, acreditado cerca de ella, de 14 de julio de 1822, apud Cat. M. S. de Paz Soldán, núm. 289.